

## NARRATIVA DEL CARIBE DE EXPRESIÓN INGLESA: BALANCE DE UN PROCESO

*Arnaldo E. Valero*

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

### I

La colonización del Caribe exigió a los imperios europeos la actualización, en forma radical, de ciertas estrategias que Occidente había desarrollado desde el inicio de su carrera expansionista. Concebidas fundamentalmente como colonias de explotación, las islas que formaron parte del imperio británico, fueron sometidas, durante siglos, a un proceso que contaba con la esclavitud la desculturación y el racismo como fundamento de su dinámica. Además, las naciones antillanas fueron gestadas dentro de un proceso que tenía como modelo referencial positivo por excelencia a los valores occidentales. En tales circunstancias, resulta obvio suponer que uno de los pasos fundamentales en el proceso de reconocimiento y afirmación de la nación consistiría en cuestionar el sistema de valores legados por el colonialismo.

En principio, la consolidación de una narrativa en el Caribe de expresión inglesa fue posible gracias al reconocimiento que realizaron ciertos intelectuales de uno de los elementos tradicionalmente discriminados por el régimen colonial: nos referimos al legado cultural africano. En este sentido, es innegable el papel que jugó Marcus Garvey con su política de concientización racial<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Es preciso señalar que esta posibilidad de exploración del legado cultural africano en la cultura popular de las Antillas obedecía al interés que habían manifestado los artistas e intelectuales europeos por el "arte primitivo". La Europa del periodo de entreguerras asistió a la destrucción de uno de los metarrelatos más celebrados de la modernidad. En la agonía de los soldados muertos en el frente de batalla fue ahogada la tesis del desarrollo progresivo y ascendente del orden occidental. No era precisamente un monumento de fraternidad el resultado del ejercicio occidental del progreso... semejante panorama exigió a los miembros más inquietos de la sensibilidad europea emprender la búsqueda, en los valores de la alteridad, de posibilidades que alentaran al hombre del siglo XX. Hasta cierto punto esto explica la acogida que tuvieron libros como *El Decamerón Negro* de Leo Frobenius y *La Antología Negra* de Blaise Cendrars; también ayudaría a comprender el interés de Pablo Picasso por el arte de Benín, así como el deslumbramiento del público europeo ante la sensualidad del Jazz. Pero este interés por lo exótico, que incluso llegó a convertirse en una manifestación de snobismo burgués, llegó a estimular el surgimiento de un proceso de considerable magnitud en las Antillas. Como una búsqueda de una expresión negra podría ser considerado dicho proceso. Los resultados iniciales, en el Caribe de expresión inglesa, deben ser acreditados al trinitobagense C.L.R. James y al jamaiquino Claude McKay.



Por esta razón, podría afirmarse que las primeras manifestaciones estéticas de consideración en el Caribe no hispano coinciden con lo que los antropólogos han catalogado, dentro de los procesos de contacto intercultural, como etapa vindicativa<sup>2</sup>.

Novelas como *En el Castillo de mi piel* (1953) y *Midas Negro* (1958) podrían ser considerados como los frutos más representativos del proceso de concientización racial en el Caribe de expresión inglesa. La novela de George Lamming, por ejemplo, podría ser interpretada como una recuperación discursiva de la «real o noble condición racial del autor». Toda la connotación lírica que posee este texto desde el título mismo está condicionada por ese deslumbramiento y maravilla que genera el reconocimiento y aceptación de la diferencia racial. Al parecer, en esta etapa del proceso de contacto intercultural ningún tipo novelesco resulta más adecuado que la novela de formación. Eso inferimos al observar que tanto la opera prima de George Lamming como la de Jan Carew encajarían perfectamente dentro de lo que Lukács definiría como *bildungsroman*. En ambos textos es narrada la historia de personajes de ascendencia africana y de extracción popular que, a pesar de las condiciones adversas del medio, logran alcanzar las metas que se habían propuesto. La trayectoria de «G» como la de Aron Smart coinciden al tener como punto culminante su reconocimiento como miembros de la comunidad antillana. Implícitamente los autores de estos textos proponen a «G» y a Aron Smart como modelos referenciales positivos (E, inclusive, llegan a ser magnificados como ocurre con «Shark» en *Black Midas*). En ambos textos está planteada, además, una de las constantes temáticas que definirá la producción discursiva del área. Nos referimos a la tendencia a presentar el sentido de pertenencia al pueblo como el más sublime de los sentimientos. Ya no es el amor, ni la amistad, ni la reflexión en torno a la fragilidad de la existencia los temas que obsesionan o que se erigen como cumbres en esta novelística. Como vemos, estamos hablando de una literatura edificante, es decir, de un quehacer discursivo que tiene como norte enaltecer los valores de los sectores que, según el autor, constituyen la médula de la cultura antillana.

Hasta cierto punto esto resulta lícito. Sin embargo, desde esta perspectiva, ¿cómo podría ser catalogada la producción discursiva de



<sup>2</sup> Al respecto recomendamos la lectura del ensayo "Por la integración cubana de blancos y negros" del antropólogo Fernando Ortiz.

escritores como Jean Rhys? ¿Es acaso aceptable el señalamiento de Brathwaite, según el cual esta escritora, y muchos otros no afroantillanos, tienen en su haber una producción marginal, caracterizada por «carecer de voz propia»?

Ante esta tesis debemos recordar que no fue uno el tipo étnico que participó en la consolidación de las naciones antillanas. Estas, como todos sabemos, son el resultado de la participación de pueblos provenientes de Asia, África y Europa. En consecuencia, la tendencia a identificar los valores de la cultura antillana exclusivamente con las contribuciones realizados por las comunidades de ascendencia afro conducía a una especie de fundamentalismo racial. Reformular las bases de tales planteamientos sería la principal preocupación de aquellos intelectuales pertenecientes a esos sectores arbitrariamente catalogados como marginales.

Creemos que es eso lo que realiza V. S. Naipaul. En novelas como **Los simuladores** (1967) advierte cómo los derroteros de la política republicana pueden ser falsificados al ser concebidos en función de condicionamientos raciales. El autor de **Los simuladores** sabe perfectamente que son las instituciones las que definen el perfil de las sociedades; éstas y sus integrantes deben ser construidos por la política y por la ley. Implícitamente sostiene que los «ideólogos» o «políticos» antillanos están condenando al fracaso social a las jóvenes repúblicas al apelar a la etnicidad. En **Los simuladores** es entregado el retrato de una sociedad no secularizada pues, una política nacionalista fundamentada en la apelación racial no posee una orientación cultural y social modernizadora sino, más bien, reaccionaria.

Lamentablemente, Naipaul es un escritor algo subestimado por la crítica. En su contra suele argumentarse que sus textos presentan cierta óptica neo-colonialista. Sin embargo, consideramos que si en su producción no conseguimos el optimismo afirmativo que permea, por ejemplo, a **En el castillo de mi piel** eso obedece fundamentalmente a que en el proyecto estético de los escritores afroantillanos mencionados no hay espacio para el Otro. Y Naipaul es el Otro. El modelo narrativo que se había constituido como paradigma por excelencia de la narrativa del Caribe de expresión inglesa, adolecía por no tener entre sus preocupaciones generar un espacio ideológico donde, al mismo tiempo, fueran respetadas la diversidad de culturas y las universalidad de los derechos fundamentales.

La posición de Naipaul con respecto a este asunto es planteada explícitamente en la crónica dedicada al Black Power en Trinidad:

En un lugar como Trinidad, la redención racial es tan irrelevante para el negro como para cualquier otra persona. Disimula los problemas de un pequeño país independiente de economía desequilibrada, los problemas de una sociedad plenamente de «consumo» que, desde el punto de vista tecnológico, aún está en mantillas y que carece de medios intelectuales para comprender la deficiencia. Perpetúa la política de protesta negativa, colonial. Es, en fin, una profunda corrupción: un deseo de que te sea concedida la dispensa de los dolores del desarrollo, y un convencimiento casi religioso de que la opresión puede convertirse en recurso, la raza en dinero. Mientras perdure el sueño de redención, los negros seguirán existiendo sólo para que alguien se erija en su líder. La redención exige un redentor; y un redentor, en estas circunstancias, no puede sino acabar como el emperador Jones: desdeñando a sus súbditos y, no menos víctima que ellos, buscando una ilusoria emancipación personal. En Trinidad, al igual que en todas las demás islas negras de las Antillas, la sensación de opresión y la teoría del enemigo se despiertan con excesiva facilidad y señalan hacia el desierto de Haití<sup>3</sup>.

La alusión a Haití conduce a una reflexión inevitable: fue precisamente la radicalización de la conciencia racial lo que mantuvo al terrible François Duvalier en el poder.



3 V.S. Naipaul: «Micahel X y los asesinatos del Black Power en Trinidad» en: *El regreso de Eva Perón y otras crónicas*. Barcelona(España) Seix Barral, 1983, pp.87-88.

## II

En *El Discurso antillano* Edouard Glissant señala que uno de los grandes desafíos que deben asumir las literaturas de las naciones emancipadas durante el presente siglo es el de abarcar, en un período indudablemente corto, todas las etapas que las literaturas de occidente han abarcado desde hace más de 2.000 años. Deben cumplir una doble misión: en primer lugar deben dar cabida a los mitos que convocan al pueblo, aquellos en lo que éste se reconoce; esa sería *la misión sacralizadora*. Mas, al mismo tiempo deben dar muestras madurez, de modernidad; esa sería la función *desacralizadora*. La contundente ironía de Naipaul sería una manifestación indiscutible de esa segunda tendencia. Con sus textos asistimos a posibilidades aún remotas en los narradores precedentes. Con él los horizontes semánticos de la novela como género son ampliadas.

Una vez advertidas las deficiencias del tipo novelesco que había tomado al self-made man afroantillano como modelo referencial positivo por excelencia, se hacía necesaria la reformulación de su estructura. Surge, entonces, la estilización paródica como necesidad. Probablemente, sea *Una vida* (1971) el texto que realice la ruptura con respecto a la tendencia precedente. Eso suponemos al observar en esta novela cierto distanciamiento con respecto a textos como *En el castillo de mi piel* y *Black Midas*. Aparentemente, a nivel diegético, es asumido el modelo propuesto en estas dos novelas. Sin embargo, cierto distanciamiento entre el narrador y el personaje marcarían la diferencia. En cierto sentido, *Una vida* es un texto ambiguo, pero existen suficientes elementos textuales que permiten inferir que se trata de una estilización paródica de la paradigmática novela de formación antillana. Aquí la literatura no es edificante, no persigue contribuir con el enriquecimiento ético del lector. Nos hallamos ante un texto regido por sus propios principios estéticos. Por consiguiente, con *Una vida* el lector asiste a la demolición de los cánones que habían regido los proyectos estético-ideológicos de los escritores afroantillanos.

Resulta bastante significativo que esta posibilidad la ofrezcan intelectuales pertenecientes a comunidades no contempladas en los proyectos estético-ideológicos de los escritores afroantillanos. Ciertamente, son V. S. Naipaul y Angus Richmond descendientes de los hindúes que hacia mediados del siglo XIX llegaron a las Antillas, principalmente a Trinidad y a Guayana, en condición de siervos escriturados, para reemplazar a los negros en el trabajo de explotación de caña.

Por consiguiente, a Naipaul deberíamos reconocerle el mérito indiscutible de haber ofrecido una radiografía del proceso seguido por los «ideólogos» de las repúblicas antillanas. Él formuló el diagnóstico. Mas la posibilidad de una solución aún no está sugerida en su narrativa.

Pero.....¿Cómo afrontar esta problemática? ¿En qué términos promoverse la posibilidad del horizonte nacional? Resulta interesante observar que no ha sido éste un dilema exclusivo de las antiguas colonias británicas. Esta interrogante ha sido una constante en el pensamiento republicano antillano. Gracias a este hecho ya contamos con algunas propuestas concretas. Nos referimos especialmente a las políticas desarrolladas hacia la década del '20 por la avanzada intelectual cubana.

En una conferencia leída en España en noviembre de 1929 el antropólogo cubano Fernando Ortiz señalaba lo urgente y necesario que resultaba sustituir la categoría de raza por la de cultura a la hora de hablar de la compleja realidad americana. Señalaba Ortiz que la apelación racial resultaba particularmente disgregadora y reaccionaria para cualquier nación del mundo. Por su parte, y en completa consonancia con las preocupaciones de Ortiz, los integrantes del partido comunista cubano se dedicaron a propiciar un acercamiento entre los miembros de los sectores populares de la población mediante una política orientada a estimular el surgimiento de la conciencia de clase.

Curiosamente, en el Caribe de expresión inglesa, ha sido un poeta quien ha aceptado el reto de configurar un espacio discursivo, donde no sea perseguida con exclusividad la celebración de la condición racial. En **Omeros** (1990) poema épico estructurado sobre un sentido isabelino del lenguaje, son magistralmente convocados los mitos que por siglos han identificado a los pueblos que han participado en la formación de las naciones antillanas. En efecto, en **Omeros**, el motivo del descenso al Averno y ciertas concepciones que alentaron a los esclavos, como la creencia de que al morir retornarían al África, dejan de ser incompatibles para redimensionar su magnitud simbólica. En **Omeros** creemos ver la culminación de esa búsqueda que ha condicionado algunos proyectos narrativos en el Caribe de expresión inglesa. Es, sin lugar a dudas, el fruto perfecto de un pagano iluminado que ha reconocido, en la tolerancia étnica, el principio fundador de las naciones.

### III

El lenguaje es una institución. Es el instrumento que posibilita la integración entre los miembros de una comunidad. En él cobran forma los principios éticos, sociales y estéticos de los pueblos. Por su parte, la literatura es la máxima expresión del lenguaje como institución. La literatura ofrece la posibilidad de configurar espacios donde los elementos pueden coexistir en la indiferencia o en perfecta armonía para multiplicar sus posibilidades de significación. No debe extrañarnos, entonces, que haya sido desde la literatura que se haya querido ofrecer propuestas para la fundación de la nación. A fin de cuentas se trataba de una de las más antiguas, humanas, universales e integradoras de las instituciones.